



El año litúrgico, año del Señor o año cristiano, es la celebración cíclica del misterio de Cristo por la asamblea de los fieles a lo largo del día, la semana y el año. Las referencias son tres:

- a) **La comunidad cristiana** (la Iglesia),.
- b) **El tiempo** con sus acontecimientos (la historia).
- c) **El misterio** central de la salvación (Cristo).

El primer documento doctrinal que hace referencia al mismo es la encíclica **Mediator Dei** de Pío XII (1947). En ella se dice que lo que se va celebrando a lo largo de los días, no es una simple "**representación**" o "**evocación**" de hechos del pasado, sino que es el "**contacto**" actual de los cristianos con Cristo y, de este modo, la salvación que se llevó a cabo de una vez para siempre, se hace presente con la "**sagrada conmemoración**"; es decir: en la celebración.

En estas tres últimos domingo, la Iglesia fija su mirada en la venida del Señor al final de los tiempos en la que se mostrará como

- a) **Esposo**. El pasado domingo
- b) **Juez**. El correspondiente a este día.
- c) **Rey**. El último del año que es el próximo.

Estas diversas presencias requieren del pueblo cristiano tres actitudes.

- a) **Vigilancia** en el aguardar.
- b) **Responsabilidad** en el vivir.

c) **Glorificación** del Cordero, Cristo-Jesús, por parte de todo lo creado, en el ya "**hoy**" de Dios.

En este domingo, se nos ofrecen dos figuras que están entrelazados:

a) La **mujer fiel**. En ella los Santos Padres siempre han visto a la Iglesia que administra sabiamente el bien que Cristo esposo ha puesto en sus manos.

b) Los **talentos recibidos**.



El hombre de la enseñanza que se va de viaje, dejando en manos de sus siervos una serie de talentos, representa a Jesús que, con su muerte-resurrección-ascensión, confía a sus discípulos los misterios del Reino de los cielos en la convicción de que los administrarán sabiamente.

Es el Buen Samaritano que cuida del hombre golpeado por los bandidos; el Maestro que sirve, que quiere dejar entrar a tantos como pueda en el salón del banquete de bodas etc.

El Señor Jesús no sólo deja a sus discípulos el testimonio más luminoso del amor de Dios por el hombre, sino que les infunde la misma capacidad de vivir ese amor, como él mismo lo vivió, gracias al Espíritu Santo que brotó de su costado muerto en la cruz.

Él nos muestra el modo de saber usar con responsabilidad los valores del Reino de Dios que, fundamentalmente, son cuatro; a saber:

- a) **Verdad**.
- b) **Amor**.
- c) **Justicia**.
- d) **Libertad**.

La verdad nos hará libres; el amor nos unirá como hermanos; la justicia nos moverá a compartir y la libertad nos hará sentirnos «**hijos de Dios**».

Un buen uso, un saber hacer, es lo que se espera de nosotros; lo peor que nos puede pasar es reproducir en nuestra vida la manera de proceder del siervo inútil del evangelio de hoy. Su manera de obrar está condicionada por: "**tuve miedo**".

Quien deja que el miedo a Dios arraigue en su corazón, se debe a que ha olvidado que para nosotros el Creador, que es nuestro Padre y Señor, tiene "**designios de paz y no de aflicción**". Son las palabras del profeta Jeremías (29,11-12.14) que abren la celebración del día de hoy.

Somos frágiles y podemos caer en la tentación de enterrar estos valores que, con mimo y como muestra de confianza, se nos han entregado. De ahí la necesidad de pedir, desde el corazón de la Iglesia y en comunión con ella:

*"Concédenos, Señor, Dios nuestro, alegrarnos siempre en tu **servicio**..."*

Es la colecta del día de hoy. Fue compuesta por el Papa Vigilio para la misa del domingo 23 o 30 de agosto de 537, durante el asedio de Roma por parte de los ostrogodos.

El significado de "**dēvōtio**" (término que figura en el original latino) es similar al de "**servitium**" (servicio).

La alegría que se pide es la que brota de un corazón amoroso y disponible. Una dicha que nada terreno puede empañar o sacudir. La recompensa que el amo otorga al siervo bueno por la gestión que realizó de los "**talentos**" encomendados, se puede resumir en: "*Entra en el gozo de tu Señor*".





Un salmo para rumiar

Sal 127, 1.2. 3. 4-5

DiDichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos!
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien.

**Tu mujer como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos como renuevos de olivo
alrededor de tu mesa.**

**Esta es la bendición del hombre que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén,
todos los días de tu vida.**

Forma parte, el salmo 127, de los llamados "graduales", los que cantaban los peregrinos caminando hacia Jerusalén. Prolonga el tema orante del anterior y celebra la felicidad vivida en familia. En el marco del Antiguo Testamento es la bendición divina por excelencia: concreta y específica.

Es una escuela de sabiduría tal como en la Biblia ésta se entiende: un buen hacer con todo aquello que se nos confía. En él se ponen las bases indispensables para el trabajo (los talentos encomendados) el bienestar personal y la felicidad familiar.

La base se encuentra en temor de Dios que no

significa tenerle miedo.

El Papa Francisco afirmará que *"el temor de Dios es el don del Espíritu que nos recuerda cuán pequeños somos ante Dios y su amor, y que nuestro bien está en abandonarnos con humildad, con respeto y confianza en sus manos"*. (Miércoles 11 de junio de 2014).

Teilhard de Chardin tiene unas reglas fundamentales para hacer realidad en nuestra vida la dicha que en este salmo se celebra. Se resumen en tres palabras: "ser", "amar", "adorar".

-SER. Para ser felices, primeramente, hay que reaccionar contra la tendencia al menor esfuerzo. El espíritu construye laboriosamente, mediante y más allá de la materia. Tal es el sentido del "trabajo".

-AMAR. En segundo lugar. Hay que reaccionar contra el egoísmo que nos lleva a encerrarnos en nosotros mismos. Tal es el sentido de la "familia".

-ADORAR. Subordinar nuestra vida a una vida mayor que la nuestra: es el temor del Señor que siempre requiere una profunda humildad.

El ideal del hombre es, pues, primero "desarrollarse"...

Luego "entregarse" a los otros como a uno mismo.

Y, finalmente, "someterse" por el camino de la obediencia, a quien es mayor que uno mismo: ser, amar, adorar... Tales son los pasos de la felicidad humana que se hace canto agradecido en este salmo, y que viene a ser una profundización orante de la lectura primera.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

**Domingo XXXIII
tiempo "per annum" "A"**

**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

«Es como un hombre que, al irse de viaje, llamó a sus siervos y los dejó al cargo de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó. El que recibió cinco talentos fue enseguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio, el que recibió uno fue a hacer un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor.

Al cabo de mucho tiempo viene el señor de aquellos siervos y se pone a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido... un talento y dijo: "Señor, sabía que eres exigente... tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo". El señor le respondió: "Eres un siervo negligente y holgazán... echadlo fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes"».

Mateo 25, 1-13